

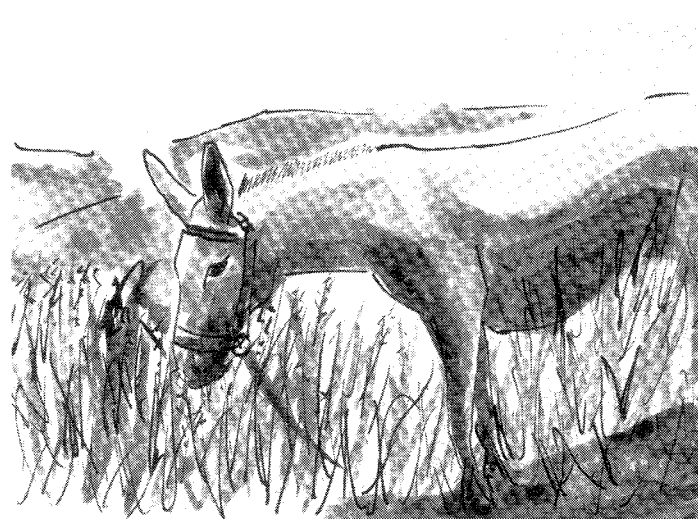
# EL CABALLISTA



En el cortijo hay dos burras para el servicio de la casa, la "Leona" y la "Corza". La "Leona" es de pelo color café tirando a negro, grandota y algo destartalada, semejante a una mula mal hecha. La "Corza", por el contrario, es blanca con un ligero velo gris, pequeña y de traza perfecta en clase de burra. Por ser más pequeña, más manejable y más dócil, es la que tiene siempre el aparejo encima del lomo para cumplir precisamente lo que llaman el servicio de la casa: portear el agua, llevar pequeñas cargas de un lado para otro y, sobre todo, servir de montura a las mujeres en todos sus desplazamientos.

La "Leona", por ser más grandota y poco apañada para echarle la carga encima, se libra casi siempre de estos pequeños y constantes servicios de transporte, pero en cambio le toca tirar con frecuencia del carro, y formar de cuando en cuando pareja con la yegua para tirar del arado. Es el inconveniente de tener el cuerpo grande y fuerza proporcionada a tal cuerpo.

Sin embargo, la "Leona" lleva ahora una temporada de descanso, sin engancharse al carro o al arado y sin hacer prácticamente nada, porque está



preñada al caballo de diez meses, y teniendo el muleto o la muleta en puertas no hay más remedio que reservarla. Y no sólo reservarla del trabajo duro, sino concederle además ciertos caprichos o antojos propios de su estado.

Si señor, porque las burras, como las mujeres, cuando están preñadas, tienen sus antojos, y esos antojos conviene complacerlos, no sea que por una tontería de nada "vuelvan" (aborten) y se malogre la cría.

Los antojos de las burras, que son comunes también a las yeguas en estado de buena esperanza, no son por fortuna muy excéntricos, ya que solo se limitan a pedir comida de todo lo que ven apetitoso, y de un modo especial de lo que ven comer a las personas que están a su alrededor. La forma de expresar su antojo o deseo es "gipando", que es algo así como un gemido lastimero de niño, al tiempo que mira ansiosa lo que estimula su deseo.

La "Leona", que ya ha tenido cuatro partos felices en la casa, conoce perfectamente las reacciones de las personas, explota de un modo descarado su

situación y se pasa el día gipando. Que ve pasar alfalfa para los conejos, ella gipa y hay que darle un manojo; que ve pasar los cubos con el amasijo de los cerdos, golpe de gipido para que le den una pella; que ve garbillar trigo para el molino, pues vuelta a gipar para que le echen un puñado. Por supuesto, si ve a una persona mayor o a un zagal comiendo algo, sus gipidos adquieren un tono especial de lloriqueo desconsolado, y no hay más remedio que darle un poco de lo que se está comiendo para que se calle y no "vuelva" ("volver" o "Golver", se dice de las dos maneras, es abortar).

He advertido que la gente del cortijo está pendiente de los gipidos de la burra para complacer en el acto sus antojos, y la cosa se explica por ese temor supersticioso a que aborte si no se le da lo que desea, habida cuenta de que la gestación de la burra dura casi un año, y tendría muy mala sombra que, por fallar en un pequeño antojillo, se malograra una esperanza de tantos meses.

La "Corza" también debía estar preñada, pues la llevaron a la parada hace un mes, pero a la vuelta de la luna ha resultado mascando de nuevo, lo cual indica que el viaje resultó vano y hay que llevarla otra vez al caballo.

Esto de salir "mascando" es un gesto típico de las burras y las mulas, para indicar que están en celo y en disposición de recibir al macho. Se les nota enseguida, y ellas además lo hacen para que se les note a la legua, y consiste en ponerse a mascar aire, como si tuviesen una pelota de chicle en la boca, en cuanto alguien se les acerca, sea bestia o persona, y de un modo más acentuado cuando se les echa el aparejo sobre el lomo. Es como si trataran de decir: ¡Mira como estoy!

La "Corza" lleva una semana mascando aire a boca llena como una desesperada, y estaba decidido el tío Juan a llevarla de nuevo a La Parada un día de

éstos, pero no ha sido necesario darle el paseo para echarla de segundas al caballo, porque el caballo se ha presentado esta mañana en el cortijo. Sí, Lorenzo, "el caballista", dueño de la Parada en cuestión, se ha presentado de improviso en el cortijo montando un magnífico caballo padre de los dos que posee para este negocio. Es un caballo color café, de cola y crines negras, y de una estampa soberbia.

Lorenzo iba de paso recorriendo sus igualas, pero al saber que la "Corza" no quedó preñada en su anterior visita a la Parada y que pensaban llevarla de nuevo, ha decidido hacer la monta allí mismo en el cortijo y ahorrarles el viaje a su casa. Lo importante para el caso era el caballo, y el caballo estaba allí descansado y listo para actuar.

Así pues, la "Corza" iba a recibir el calmante para sus ansias de mascar a domicilio, en su propia casa, sin necesidad de desplazarse y, de paso, todas las personas presentes en el cortijo íbamos a tener la ocasión de contemplar el raro espectáculo de ver a un caballo padre cubrir a una burra fuera de su Parada; al aire libre, como quien dice, lo cual no es muy corriente.

Lo primero que hizo Lorenzo el Caballista, como preliminares del acto de montaje, fue despojar a su hermoso caballo de la silla y el bocado, dejándole solo un collar de cuero con su ramal de cáñamo que sujetó a un palo del cobertizo del carro. Luego pidió un capazo con un poco de cebada y se lo arrimó al caballo para que se entretuviese comiendo. A continuación mandó traer a la "Corza", la cual, nada más asomar la cabeza por la puerta de la cuadra y darle el olor del caballo, comenzó a mascar a un ritmo frenético. La llevaron junto al caballo, y éste, al verla, lanzó un ligero relincho a modo de saludo, dio un par de resoplidos y continuó comiendo cebada como si tal cosa. No hizo ademán de moverse, lo cual demostraba que la burra le tenía sin cuidado. Lorenzo le dio la vuelta a la burra y la hizo maniobrar

hacia atrás colocándole la culata encima del capazo con la cebada, pero ni por ésas. El caballo continuó impasible comiéndose el bocadillo.

Esto era mala señal, porque demostraba que la burra no le despertaba ningún interés al caballo, lo cual, según pude saber después, es cosa muy frecuente en las paradas. Los caballos padres no suelen aceptar así como así, y de buenas a primeras, a las burras como pareja, lo que me parece muy lógico y puesto en razón, ya que conscientes de su alta clase, en su fuero interno deben considerar a las burras como plato de segunda clase. Y es natural que así sea.

Pero hay un truco para hacerles tragar ese plato de segunda clase que no despierta su apetito de entrada, y ese truco se emplea a diario en las paradas de sementales. Consiste simplemente en despertarles ese apetito poniendo ante su vista y ante su olfato algo que nunca desprecian los caballos, y que sí es un plato de primerísima clase para su delicado paladar. Se trata sencillamente de provocarles el deseo y la excitación con una yegua. Así de fácil.

Como da la feliz casualidad de que en el cortijo hay una yegua, la cosa tiene fácil remedio, y la yegua ha entrado en escena inmediatamente para provocar la fogosidad del caballo.

Han sacado la yegua de la cuadra, y en cuanto la han puesto junto al caballo, éste se ha olvidado por completo del capazo de cebada y ha comenzado a cortejar con enorme interés a la nueva novia que le ofrece Lorenzo, que evidentemente encuentra más atractiva y apetecible que la burra.

La cosa, pues, marcha viento en popa. Lorenzo ha soltado el caballo del poste y, sujetándole del collar, le ha hecho evolucionar alrededor de la yegua, de forma que sus cuerpos se rozaran. La excitación del caballo con este auténtico magreo de yegua se

iba haciendo patente a ojos vistas, y Lorenzo observaba con atención el estado del miembro sexual de su pupilo, que crecía por momentos de un modo asombroso. La verga era realmente impresionante.

A fuerza de roces y magreos, el caballo se puso ciego de excitación e hizo intento de montar a la yegua, pero su dueño se lo impidió por dos veces sujetándole del collar firmemente. El caballo había alcanzado su punto crítico de ardor, y éste era el momento que Lorenzo esperaba para poner en práctica el truco del escamoteo o sustitución. Con un rápido y preciso movimiento de piezas, hizo retirar la yegua y dejó en su lugar a la "Corza", que seguía mascando a lo loco.

Supongo que el caballo se daría cuenta del cambio, pero su estado de excitación no le permitía andar con remilgos. De forma que sin pensarlo, hizo una pirueta, se alzó sobre sus patas traseras y se montó en la burra con ímpetu salvaje. La burra se tambaleó al impacto de aquella masa, pero aguantó valerosamente la carga y el empuje. Ya tenía práctica de otras veces.

Ya montado y afianzado el caballo sobre la burra, Lorenzo empuñó con su propia mano el descomunal pene del caballo y lo guió al punto exacto de penetración para facilitar el acople perfecto. Siguió a éste media docena de violentos impulsos del caballo



*Espanta moscas para mulas*

que hicieron bascular a la burra de un modo alarmante. y en cosa de poco más de un minuto quedó cumplida la fantástica faena de la monta. La "Corza" ya estaba cubierta de nuevo. Ya solo faltaba esperar que quedara preñada, o que quedara vacía como la vez anterior.

Lo que más me sorprendió de este insólito espectáculo, aparte del descomunal tamaño de la verga del caballo, fue la estrecha colaboración del caballista con el caballo para lograr el acoplamiento. Jamás me hubiera imaginado tal cosa, pero a la vista de la maniobra, estaba claro que el caballo por sí solo no habría conseguido acertar a penetrar a la burra. Era pues necesario echarle una mano, y eso fue lo que hizo Lorenzo.

La escena me hizo pensar cómo demonios se las arreglarían los caballos salvajes para acoplarse sin ayudas de este tipo. Evidentemente deben tener sus mañas.

Por esta cubrición improvisada de la "Corza" a domicilio no tuvo que pagar nada el tío Juan al Caballista, en razón a que el servicio ya estaba pagado. Pero esto hay que explicarlo.

Cuando se lleva por vez primera una bestia a la Parada del semental, ya sea burra o yegua, se paga lo que llaman la iguala de cubrición, que tiene validez para todo un año. Quiere decir, que si la hembra que se lleva para cubrir, burra o yegua, no queda preñada en el primer intento, puede ser llevada de nuevo en las lunas o meses sucesivos, las veces que sea preciso hasta que quede llena, dentro del plazo de un año que cubre la iguala. Ahora bien, si transcurrido el año la bestia no queda preñada, por muchos intentos que se hayan hecho, y su dueño desea seguir probando suerte, entonces deberá pagar al Caballista otra nueva igual, que le servirá para otro año.

La tarifa de iguala es uniforme en las tres o cuatro Paradas que funcionan en esta zona y es,

concretamente, de una fanega de trigo para hembras echadas al caballo, (burra o yegua) y de una fanega de cebada para las echadas al burro, ya que en todas las Paradas hay servicio a discreción de caballo y burro (Garañón). Al burro se echan también burras y yeguas.

La iguala es lo que podríamos llamar la cuota de entrada o de inscripción, porque luego hay que hacer otro pago adicional que se llama "La Pinta", que se estipula también en grano, pero que se puede pagar en el dinero equivalente.

"La Pinta" es como una tasa de confirmación, que sólo se paga cuando existe la certeza de la preñadura del animal igualado. Mientras no haya pinta de preñez segura, no hay obligación de pagar "La pinta". Por eso se llama así.

El coste de la pinta suele ser el mismo que el de la iguala: una fanega de trigo o de cebada, según los casos.

Tanto a los caballos padres, como a los burros garañones de las Paradas, se les suele echar dos bestias al día para cubrir. Es la tasa reglamentaria: una bestia por la mañana y otra por la tarde, y entre salto y alto, buenos piensos de avena, cebada, alfalfa y verde, para recuperar energías, también se les dan paseos y trotos para mantenerlos ágiles y abrirles el apetito, pues estos animales dedicados exclusivamente a la tarea de reproducción son cuidados a cuerpo de rey por sus propietarios. Primero, porque son animales selectos de alto valor, muy difícil de reponer en caso de pérdida, y segundo, porque de hecho son como auténticas fincas que rinden respetables cosechas de trigo y cebada todos los años a sus propietarios, aunque no llueva.

Tanto el caballo padre como al burro, se echan indistintamente yeguas y burras, según la clase de cría que se pretenda obtener del apareamiento. Del caballo con yegua resulta, naturalmente, potras y potros, y del caballo con burra resultan mulas. Del burro con burra salen pollinos, pero si el burro se

cruza con yegua, salen también mulas. Así pues, este producto híbrido que son las mulas, pueden nacer de madre yegua y de madre burra. Este será el caso de la "Corza" cuando dé a luz en su día.

Las mulas nacidas de yegua se denominan aquí "Castellanas", sin que nadie haya sabido darme la razón de tal gentilicio, y las nacidas de burra se llaman "Romas". Esto de "Romas" sí parece tener fundamento en la forma de las orejas, que en las castellanas tienen la punta aguda como los caballos, y en las nacidas de burra las orejas presentan la punta más curvada o roma.

En las mulas "Castellanas" (hijas de yegua) la herencia materna es más acusada, pues son de estampa y pelaje más fino, las orejas presentan la diferenciación ya indicada y en su aire recuerdan más al caballo. En las mulas romas ocurre exactamente igual, que la herencia materna (burra) predomina sobre la paterna (caballo), tienen una traza y un pelaje más basto y las orejas, aparte del detalle de las puntas, son más grandes; más de burro, en una palabra.

Sin embargo, lo que pierden en estampa las mulas romas, lo aventajan en poder y resistencia para el trabajo. Son en general más rústicas y sufridas que las castellanas y suelen alcanzar mejor precio en venta. No obstante, parece ser que la combinación óptima en ganado mular es la mula, "Castellana", y el macho, "Romo". Eso al menos dicen los entendidos, y deben tener sus buenas razones.

En esto de cruzar caballos y burras para obtener mulas, se produce un fenómeno muy singular, que quizás explique el porqué las mulas sacan más herencia de las madres que del padre. El fenómeno en cuestión es que las mulas romas, o sea, las nacidas de burra, tienen cuando nacen un mes más de gestación que las mulas castellanas nacidas de yegua. Ello se debe a que la preñez de las burras

dura trece lunas completas, que son doce meses y algo, mientras que la preñez de las yeguas solo dura doce lunas, que son algo más de once meses. Esta diferencia de tiempo de gestación es forzoso que ejerza alguna influencia en los caracteres de ambos tipos de mulas.

Esto también evidencia, de un modo claro, que el cruce de caballos y burros es una aberración contraria a las leyes de la naturaleza. Lo que no sabemos a ciencia cierta es si esta aberración del cruce fue descubierta accidentalmente por los propios animales o fue un invento del hombre. Probablemente sería esto último, bien como consecuencia de encerrar individuos de ambas especies, ya domesticados, en un mismo recinto, o bien por el gusto de hacer una prueba a ver que pasaba. Lo cierto es que, sea cual sea el origen del primer cruce, el hombre se ha ocupado de fomentarlo intensamente en su propio provecho, para obtener una especie híbrida de características intermedias entre el caballo y el asno. El mulo posee, de una parte, un grado de inteligencia y fuerza muy similar al caballo; y de otra parte, la rusticidad y la resignación del asno, con la ventaja adicional de que es menos exigente y fácil de mantener.

Sin embargo, la naturaleza, que siempre es sabia y no admite muchas transgresiones de sus leyes, ha puesto un tope definitivo a esta aberración, haciendo que las dóciles, útiles y sufridas mulas (machos y hembras) sean totalmente estériles. De no existir este tope infranqueable, asusta pensar el gigantesco lío que habría organizado el hombre, cruzando y recruzando animales de esta especie. Sería algo espantoso.

Creo que por eso dijo la naturaleza ¡NO! a la continuación sucesiva del experimento de cruce entre caballo y burro, y que, para hacer efectivo de modo absoluto ese ¡NO!, quitó a las mulas de ambos sexos

la facultad de engendrar. ¡Quién quita la ocasión, quita el peligro!

Ahora bien, por un extraño capricho, ya que a la naturaleza se le pueden imputar caprichos, pero no errores, a las mulas les quitó solamente la facultad de procrear, pero les dejó en cambio todo lo demás; es decir, los órganos precisos y perfectamente desarrollados para intentar la procreación, e incluso, para tormento de las pobres, el detalle del celo lunar en las hembras. Las mulas hembras mascan como las burras cuando están en celo; y no solo se limitan a mascar como un gesto simbólico, sino que también se dejan montar sin la menor resistencia por cualquier macho que lo intente, ya sea burro, caballo o mulo. Es más, como resulta que su celo es prácticamente interminable, porque nunca se pueden quedar preñadas, lo de recibir al macho puede convertirse para ellas en un placentero juego, lo que de paso puede dar origen a un vicio terriblemente peligroso para los animales machos que convivan con ellas en una cuadra, y especialmente para los burros, que si se pican en montar a las mulas ligeras de cascos y masconas, no dan la ida por la venida y pueden acabar físicos perdidos.

Con los mulos machos, que también son aficionados a montarse en las hembras, no existe tal peligro, ya que normalmente se les capa antes que se les despierte la afición.

Con los caballos, el riesgo de que se piquen en montar mulas es relativo y, por supuesto, muy inferior al de los burros, a menos que se trate de caballos muy fogosos. Por lo general no son propensos a emparejarse con hembras de clase inferior, lo que incluye a las burras y a las mulas. Lo hacen en las Paradas, pero a la fuerza y con engaño, como ya hemos visto en el caso de la monta de la "Corza", que hubo que engañarlo con la yegua, y éste no fue un recurso

improvisado. En las Paradas se utiliza todos los días el mismo engaño, y para eso los propietarios disponen de una o dos yeguas que sirven de acicate al caballo para que monte burras mediante el truco del cambiazo. Si no se dispone de yegua, hay también otro procedimiento para engañar al caballo, y es salpicar con un hisopo improvisado con cualquier mata, gotas de orines de yegua sobre la culata de la burra. El caballo se excita al olor de los orines y monta a la burra sin vacilar. En las Paradas siempre hay orines de yegua dispuestos para estos casos.

